

MIGUEL SERVET.

Teólogo iluminado

Daniel Moreno Moreno
IES Miguel Servet, Zaragoza

A Ángel Alcalá
In Memoriam

A Miguel Servet se le puede considerar el humanista aragonés más universal. Su vida transcurrió en la primera mitad del siglo XVI, desde su nacimiento, seguramente el 29 de septiembre de 1511, en Villanueva de Sijena, donde su padre era notario, hasta su muerte, cuando fue quemado vivo a las afueras de Ginebra, en la mañana del 27 de octubre de 1553. De modo que el año 2003 se conmemoró el 450 aniversario de su muerte y el año 2011 el 500 aniversario de su nacimiento; ambos acontecimientos recordados dignamente en Aragón, sumando numerosas voluntades, entre las que destaca la del recientemente fallecido Ángel Alcalá, también humanista aragonés nacido en Andorra y fallecido en Nueva York. De la vida de Servet sabemos que recibió una amplia formación, que su padre lo envió en 1528 a estudiar Derecho a Toulouse, en Francia, pero que el 24 de febrero de 1530 está presente en la coronación de Carlos V por el papa Clemente VII en Bolonia. En 1531 está en Basilea en el entorno de teólogos próximos a Erasmo y a Lutero porque, a pesar de los esfuerzos de su padre, lo que más le interesaba a Servet era la teología.

Es sabido que en esos años se estaba gestando la ruptura entre la Reforma y la Iglesia de Roma; las razones eran económicas y políticas, aunque se plantearon a nivel religioso. Nada más interesante para los comerciantes de la época, y parte de la nobleza, que una interpretación del cristianismo que les permitía reducir el poder económico de las órdenes religiosas y de los obispos en beneficio propio y someter la Iglesia a los nacientes estados burgueses, al paso que les permitió interpretar la libertad religiosa de un modo paradójico: la religión del noble del lugar se convertía automáticamente en la religión de sus súbditos; allí donde triunfó la Reforma la religión fue quedando redu-

cida al interior de las personas, allí donde se mantuvo la tradición, se afianzaron las órdenes religiosas, antiguas y nuevas, se potenciaron las manifestaciones públicas de lo religioso, y la libertad quedó bajo la supervisión de la Inquisición. A nivel teológico, se discutía la primacía de Roma sobre el resto de iglesias cristianas, los usos y abusos de la Iglesia, si el hombre era libre, si bastaba la fe para salvarse o eran necesarias las obras de caridad, qué sacramentos eran evangélicos y cuáles no, el papel de los santos, de la Virgen, de las órdenes religiosas, etc. Pues bien, en medio de tal ruido ensordecedor, aparece en 1531 un pequeño libro titulado *Sobre los errores acerca de la Trinidad*, escrito por Miguel Serveto, alias Revés, español de Aragón.

A pesar de su modestia, el libro provocó gran revuelo. Precisamente porque abordaba la cuestión de la Trinidad, un asunto difícil y temido, pero en el que los distintos grupos en liza aceptaban la interpretación tradicional. De modo que Servet no pudo ser más inoportuno. Además, porque era un momento en el que los reformistas y los católicos intentaban ponerse de acuerdo, aunque, todo hay que decirlo, con pocas ganas por ambos lados. Cualquier excusa era suficiente para avivar las susceptibilidades. Así, los protestantes no querían que los católicos pensaran que aprobaban un libro que cuestionaba la Trinidad. Por eso se dieron prisa en condenarlo y en prohibirlo. Pero resulta que su autor era español, de modo que los católicos también se dieron prisa en condenar el libro y en investigar quién era Servet, quién su familia, etc... Un edicto buscándolo llegó a colgarse de las puertas de la Seo zaragozana. Su familia también se vio afectada por el revuelo. Servet, sin embargo, se encontraba cerca de Estrasburgo, en la pequeña ciudad de Haguenau, preparando su segunda obra, también modesta, que incluía dos partes: *Dos diálogos sobre la Trinidad y Sobre la justicia del Reino de Cristo*.

El talante personal de Servet se muestra en que, a pesar de las repercusiones de su primer libro, firma de nuevo su segundo libro con todos sus datos: Miguel Serveto, alias Revés, español de Aragón. Y en el Saludo al lector que abre la obra escribe:

Todas las cosas que escribí hace poco, en siete libros, contra las sentencias tradicionales acerca de la Trinidad, ahora, lector honesto, yo las reviso. No porque sean falsas, sino porque están incompletas y escritas como de un niño para niños. Te ruego, con todo, que de ellas te quedes con las que te puedan ayudar a entender lo que voy a decir. En cuanto al hecho de que el libro anterior haya salido incorrecto, confuso y bárbaro, a mi impericia y a la negligencia del tipógrafo ha de ser atribuido. Y no querría yo que por ello llegara a ofenderse ningún cristiano, dado que Dios, de vez en cuando, suele mostrar su sabiduría a través de torpes instrumentos mundanos. Así pues, presta aten-

ción, te suplico, al asunto en sí, pues, si despiertas tu mente, no te confundirán mis confusas palabras.

El efecto del libro, con todo, era previsible. Y efectivamente fue prohibido también y sus amigos protestantes le avisaron de que su vida peligraba. Ante tal situación, Servet decidió desaparecer.

Es sabido que cambió su nombre español por el francés de *Michel de Villeneuve*, que estudió medicina en París, que trabajó como editor en Lyon, y que ejerció como médico en Viena del Delfinado, cerca de Lyon, donde fue descubierto en 1553 como autor de su obra magna, *Restitución del cristianismo*, la obra que le costó la vida. Como editor había sido el responsable de dos de las múltiples ediciones de la *Geografía* de Ptolomeo, en 1535 y en 1541, y de una edición de la *Biblia* en 1542. Los dos libros más solicitados y más vendidos de la época pasaron de ese modo por sus manos. Como científico había publicado una obra de cierto éxito editorial, *Tratado universal de los jarabes*, en 1537, y una deliciosa obra, mitad polémica mitad erudita, *Discurso en pro de la Astrología*, en 1538, que también fue prohibida.

Muchas fueron las personas importantes en su vida, pero una lo fue también en su muerte: Juan Calvino. Él fue quien lo denunció a la Inquisición francesa, a través de intermediarios, y el responsable último de su muerte en la hoguera de Ginebra. Servet fue quemado por defender que el bautismo de niños no es evangélico y por rechazar la interpretación tradicional del misterio de la Trinidad. Paradójicamente, su muerte le aseguró fama universal como símbolo de la libertad de pensamiento, dado el impacto que su muerte produjo en los humanistas de la época, especialmente en Sebastián Castiello, y dada la importancia posterior de Calvino, cuya biografía quedó siempre marcada por ese hecho. Pero, además, en el libro quemado junto a su cuerpo, *Restitución del cristianismo*, aparece la primera descripción en Occidente del paso de toda la sangre por los pulmones para mezclarse ahí con el aire, conocida como circulación menor de la sangre. Un descubrimiento que le aseguró también su gloria eterna como descubridor científico.

Es notorio entonces que con Servet se pusieron en práctica varios modos de intolerancia: 1. Se prohibieron sus primeros libros y le impidieron moverse libremente entre Basilea y Estrasburgo; 2. Le obligaron a huir y a renunciar a su identidad; 3. Fue quemado dos veces, primero en efígie, por la Inquisición francesa, y luego en carne y hueso, por las autoridades civiles y religiosas de Ginebra. A mí me interesa, con todo, otro modo de intolerancia: la intolerancia que consiste en ser mal leído. Porque, estudiando los textos de Servet y confrontándolos con las críticas de sus primeros lectores, he llegado a la conclusión de que a Servet se le leyó deprisa y con poca finura ya en

su época. Quizá no esperaban de un joven español –aunque supieran que era brillante, muy leído y de inagotable pasión por la teología– que anduviera con tantos matices y finuras en su cabeza.

De modo que, a pesar de que Servet intentara acercarse lo más posible a la interpretación original y primigenia de la Trinidad, fue clasificado inmediatamente como hereje. Y tomado por uno de los reformadores radicales que animaron las revueltas campesinas en Centroeuropa, que criticaban la ya incipiente jerarquización y el dogmatismo de la Reforma y que defendían, como alternativa a las contradicciones de la *Biblia*, confiar sólo en la iluminación interna del espíritu, negaban la divinidad de Cristo y, por tanto, la Trinidad. Pero ese movimiento escribía en alemán y sus doctrinas eran sencillas, en cierto modo demagógicas, aptas para que las comprendieran los campesinos. Servet, sin embargo, escribía en latín y sus libros son de una erudición pasmosa, tanto para su edad como para su época. Con todo, en una lectura superficial, parecía negar también él la divinidad de Jesús Cristo y, por tanto, la Trinidad. De modo que la confusión fue relativamente sencilla.

El hecho es que, desde sus primeros libros, Servet fue tachado de hereje por la primera generación de reformadores, incluido el gran Erasmo. Calvino, que era de la misma generación que Servet, siguió la misma línea interpretativa cuando leyó su obra cumbre y, dado el enorme prestigio de Calvino, casi todos los lectores de Servet están de acuerdo en que éste niega la divinidad y la eternidad de Jesús Cristo. La influencia de esta interpretación es notoria no sólo entre los calvinistas, sino entre pensadores dogmáticamente católicos como don Marcelino Menéndez Pelayo, el autor español que más ha influido en la interpretación de Servet como hereje, al incluirlo en su famoso, y reeditado, libro *Historia de los heterodoxos españoles*.

Precisamente en *Miguel Servet teólogo iluminado. ¿Ortodoxia o herejía?* he intentado cuestionar tal etiqueta al considerar que Servet, más bien, restituyó una de las ortodoxias de los primeros cristianos, anterior a la cristalización de la Ortodoxia, en singular y con mayúscula, que cuajó a partir del siglo IV. Fue el afán polémico de Servet el que le llevó a colocar en primer plano, desde el mismo título de su primera obra, los «errores» tradicionales sobre la Trinidad, en lugar de destacar su punto fuerte: que había logrado explicar la Trinidad con lógica, sin tener que recurrir al misterio de la fe ni a la imposición del dogma, que eran los dos únicos apoyos que la Escolástica había dejado para ella. Pero mi estrategia ahora será distinta, y más directa. Saltaré por encima de las críticas servetianas a las interpretaciones tradicionales de la Trinidad y obviaré las repercusiones que tuvo su obra, incluso las fuentes que le sirvieron de apoyo, y me centraré en el aspecto siste-

mático. Haré por tanto a continuación un esbozo del primer sistema teológico de Servet, el que dio a conocer en sus dos primeras obras.

* * *

Mientras Servet comienza su libro *Sobre los errores acerca de la Trinidad* destacando que el Jesús histórico era un varón concreto, particular, de carne y hueso, yo tomaré en cuenta la nota que añade al margen, donde anuncia que, cuando habla del hombre Jesús, está ya hablando también de la Palabra, esto es, de Dios. Servet va desde la reconstrucción de la experiencia visual de los Apóstoles, que veían a un hombre, hasta la más alta especulación: ver al Padre. La premisa fundamental de la que parte es una concepción grandiosa de Dios:

Dios es de todos modos incomprensible, inimaginable, y no somos capaces de formar concepción ninguna de Dios, salvo si se adapta a nosotros bajo alguna apariencia que corresponda a nuestra capacidad de percepción, y eso nos enseña el Maestro en el capítulo quinto de Juan.¹

Así, Dios es invisible, no tiene rostro ni voz, es anterior al tiempo, queda incluso más allá del ser puesto que es la *f fuente* del ser. Para Dios, todo es, fue y será simultáneamente, Él está más allá del tiempo. Cuando se dice que Dios es anterior a la Trinidad y al mundo, ha de entenderse que es anterior en sentido *lógico*, no temporal. Por tanto, cuando se quiere hablar desde el punto de vista de Dios, como a veces el Espíritu Santo hace que hablen los profetas, que hable Cristo o que hablen los Apóstoles, todo se vuelve paradoja puesto que sus afirmaciones no caben en el lenguaje ordinario.

De pronto, o mejor, al comienzo del tiempo, aparece la Palabra de Dios; ésta es visible, audible, pensable, tiene faz, cuerpo y actúa; con ella comienza el tiempo y el ser. La Palabra realiza en el tiempo lo que Dios *ya* ha «pensado», es decir, con ella comienza la causa de todo, la creación: todo fue hecho *por* la Palabra, es decir, por Dios-en-tanto-que-es-manifestado. Pero en ese momento no sólo aparece la Palabra de Dios sino también el soplo que lleva consigo el hablar, su Espíritu, el Espíritu de Dios. Así el Espíritu es aliento, mantiene vivo lo creado por la Palabra, lo renueva y lo santifica. Su función cósmica se mantiene desde el inicio del tiempo hasta el final de los tiempos. Como la materia por sí sola carece de esas cualidades, es el Espíritu de Dios el que se encarga de ello. Al Espíritu no se le puede ver porque es mo-

¹ Miguel Servet, *Sobre los errores acerca de la Trinidad*, en Miguel Servet, *Obras Completas*, Vol. II-1. *Primeros escritos teológicos*, edición de Ángel Alcalá, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, 119r.

vimiento, pero sí que se nota su *acción*. Por eso se representa como fuego o como paloma en vuelo.

Así, en el momento de la creación, ya tenemos la primera manifestación de la Trinidad: Dios invisible, la Palabra visible y creando, el Espíritu perceptible y vivificando. Desde ese comienzo y hasta el nacimiento de Jesús Cristo, la Trinidad se manifestaba, para los judíos, en Dios-Jahveh, en la Palabra que era la Ley recibida por Moisés, y en el Espíritu que se manifestaba como espíritu de profecía. Pero en el plan divino estaba presente que Dios se iba a hacer visible de un modo aún más cercano al hombre: Él mismo se iba a hacer hombre. Es decir, Él mismo *en sus manifestaciones*, que alcanzarían así un grado mayor de visibilidad.

En el momento de la encarnación, la Palabra de Dios y el Espíritu de Dios cumplen la función del varón en el modo humano de reproducción, la Palabra es el semen y el Espíritu es lo que hace que el semen sea vida; María es la mujer. De modo que Jesús es hijo de Dios e hijo de María. Dios es su padre y María su madre, de verdad. A partir de ese momento, Dios ya es Padre, Jesús es Hijo y en Jesús Cristo habita el Espíritu Santo. Es otra manifestación de la Trinidad. Todos los que trataron a Jesús de pequeño, salvo su madre, claro, y su padre putativo, José, veían sólo al hijo de José. El primero que ve en Jesús al Mesías, es decir, a Cristo, al Hijo de Dios, es san Juan Bautista; y los hechos y las palabras de Jesús muestran que es Cristo, es decir, Dios mismo manifestado. A los ojos de los Apóstoles *parece* que Dios elige al hijo de José para *hacerlo* Hijo de Dios, que lo adopta y que lo eleva por encima de los hombres y de los ángeles; y es verdad, pero, al adoptarlo, lo único que hace Dios es poner de manifiesto que la Palabra, que ya era desde el principio Cristo prefigurado, aparezca como Cristo de verdad, con la escala humana de verdad. Por esto Jesús manifiesta poder, es el brillo de Dios, el aspecto de Dios. Para Dios mismo, Cristo estaba, está y estará siempre a su derecha. A escala humana, al principio Cristo era Palabra y luego es hombre. Pero pocos creyeron la «estupidez» de que un hombre fuera Dios. Fue necesario que Jesús mostrara su poder de forma más clara. A los ojos de todos sufrió, a los ojos de todos murió y, a los ojos de los elegidos, resucitó y se transfiguró.

Para Servet, el momento más importante de toda la historia cósmica fue, con todo, la resurrección de Jesús Cristo. Desde entonces y hasta el final de los tiempos, la Trinidad cambia ligeramente: Dios-Padre está en el cielo, Jesús Cristo está, hablando con categorías humanas, sentado a su derecha y el Espíritu Santo habita en el corazón de los creyentes. Es el Espíritu Santo el que hace *comprender* que Cristo era y es el Hijo de Dios, y es el Espíritu Santo el que proporciona la renovación interior, la salvación, a los creyentes en el momento mismo en que creen. La acción del Espíritu Santo es inmediata y todos

pueden, si se autoobservaran con detenimiento, notar que la experimentan. Servet llama así, como buen humanista, a mirar en el interior. Los creyentes son, por unción del Espíritu Santo, santos. De modo que el Espíritu santo les conduce a Jesús Cristo en tanto que Hijo de Dios y éste a Dios mismo, en la medida en que este conocimiento-experiencia de Dios es posible. Para Dios, mientras tanto, todo es presente, puesto que él es atemporal, para él nada cambia. Para la Trinidad, sin embargo, el tiempo es fundamental. La Trinidad se ve afectada por el tiempo. Desde el punto de vista de los creyentes sí que hay, sin embargo, un cambio fundamental: con la Encarnación de la Palabra se hizo posible la salvación y con la actividad del Espíritu Santo el creyente *siente* la regeneración. La resurrección marca un hito histórico donde no cabe marcha atrás. El incrédulo, sin embargo, cierra su corazón a Jesús Cristo como Hijo de Dios, es un insensato.

* * *

Calificar este planteamiento servetiano como antitrinitario, tal como se hace con frecuencia, me parece difícil de sostener. Es cierto que Servet rechaza la Trinidad, incluso que se burla de ella. De hecho, una de sus frases más citadas es «ni una sola palabra se halla en toda la Escritura acerca de la Trinidad». Pero esas críticas van dirigidas a la interpretación que fijó el Concilio de Nicea, utilizando para ello categorías filosóficas griegas como: persona, esencia, sustancia y naturaleza. Tal interpretación y tales conceptos son los que Servet no encuentra en su minucioso examen de la *Biblia*. Y en eso llevaba, como es sabido, razón. Fue fácil entonces confundirlo con los antitrinitarios de su época. Pero estos afirmaban la unidad de Dios al precio de o bien convertir a Cristo en un dios de segunda categoría o bien, más radicalmente, en negar que Jesús fuera Dios, sosteniendo que era sólo el hijo de José elegido o adoptado por Dios como su hijo. Nada más lejos de la concepción de Servet, para quien el hombre Jesús completo –su cuerpo incluido, valga decir– es Hijo de Dios y Dios. Fue generado desde la eternidad al modo divino como Palabra y como Espíritu, y, al modo humano, en Belén, hace, según la tradición, dos mil diecisiete años.

Si Servet hubiera sido antitrinitario, ¿a qué dedicar su segundo libro, los *Diálogos*, a dilucidar la naturaleza de Jesús Cristo? Si este fuera un hombre normal y corriente adoptado por Dios, su naturaleza carecería de misterio, sería, tal como pensaban los reformadores radicales, simplemente el hijo de José y de María. Pero Servet está embebido de los textos atribuidos a san Juan y a san Pablo. En ellos se piensa que la Palabra devino carne en Jesús Cristo. Este es el asunto central para Servet. A él le dedicó toda su vida. Por eso escribe: «Me atormenta

extraordinariamente el alma cuando veo las almas de los cristianos tan alejadas del conocimiento del hijo de Dios»,² o cuando afirma: «Hay algunos cuya ceguera es tan profunda que, si Cristo volviera a predicar que es hijo de Dios, volverían a crucificarlo».³

Que el varón Jesús Cristo sea Hijo de Dios plantea el problema de la relación entre su componente divino y su componente humano. La tradición, desde el concilio de Calcedonia, había establecido las fórmulas ortodoxas con categorías platónicas, de modo que la naturaleza divina, invisible e inmaterial, se colocaba *al lado de* la naturaleza humana, visible y material. Según Servet, sin embargo, entre ambas naturalezas se establecía así un abismo insalvable, por lo que se rompería la unidad de Cristo, habría entonces dos cristos, igual que en la Trinidad tradicional Servet veía tres dioses. Pero resulta que la Palabra, según los textos bíblicos, no es ni invisible ni incorpórea, sino que tiene carne, es visible y audible, es sustancial, es la sustancia visible de Dios invisible. De modo que, cuando se encarna en Jesús Cristo, ni *adopta* la carne ni se *convierte en* algo que no fuera ya –esto sería imposible–, sino que cambia el modo de manifestar su carne, ahora deviene carne al modo humano. Si la Palabra careciera de cuerpo no podría unirse a la carne humana de María. En Jesús Cristo, entonces, se ve a Dios con mayor plenitud que nunca, también en su cuerpo. Así, escribe Servet, siguiendo de cerca a san Pablo:

Es más, el cuerpo de Cristo es, en sí mismo, la más verdadera plenitud, en el que todas las cosas se completan, se reúnen, se compendian, se compensan, a saber, Dios y el hombre, el cielo y la tierra, la circuncisión y la incircuncisión, etc. Más aún, el propio cuerpo de Cristo es cuerpo de la divinidad, de manera que se dice con exactitud que la deidad está en él corporalmente.⁴

Grande e inefable es el misterio de que esa carne sea la misma que la nuestra y de que por su naturaleza tenga substancia divina; de que fuera concebida en el seno de una virgen y nacida de la substancia de Dios; de que fuera producida a nuestra semejanza y surgiera de Dios desde la eternidad; de que Cristo fuera hecho de mujer, nacido de María y al mismo tiempo hecho y engendrado de la substancia de Dios, de modo que su generación nadie puede explicarla.⁵

Precisamente Servet dedica toda su vida a intentar explicar esa generación de Cristo. Desentrañar tal misterio de modo satisfactorio

² Miguel Servet, *Diálogos sobre la Trinidad*, en Miguel Servet, *Obras Completas*, Vol. II-1. *Primeros escritos teológicos*, edición de Ángel Alcalá, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, A2r.

³ *Ibidem*, A2r.

⁴ *Ibidem*, A7r.

⁵ *Ibidem*, B5v.

no lo conseguiría, con todo, hasta su *Restitución del cristianismo*. Esa es su cuestión, porque, afirma:

Yo no esperarí a ser nunca hijo de Dios si no tuviera participación con el que es su verdadero hijo, de cuya filiación depende nuestra filiación.⁶

Si yo no tuviera esta convicción acerca de la carne de Cristo, no tendría ninguna esperanza en él, pues también a nosotros nos ocurrirá que llegaremos a compartir la substancia de Dios incluso en la carne, al igual que también ahora en espíritu nos hemos convertido en consortes de la naturaleza divina (2 Pedro 1).⁷

Así, la cristología está unida indisolublemente en Servet, como en la *Biblia*, a su doctrina de la salvación: si Jesús Cristo es Hijo de Dios literalmente, también de verdad se harán los creyentes hijos de Dios y quedarán salvados para toda la eternidad.

En su doctrina sobre la salvación es donde Servet aborda la cuestión más candente de su época: si la fe basta para salvarse, como sostenía Lutero, o si las obras son imprescindibles, como defendían los católicos. Como a Servet no le movía otro interés más que la fidelidad al Nuevo Testamento, se mantiene fiel a la posición original, que, como no podía ser menos, no es exactamente ni la protestante ni la católica. Por eso escribe: «ni con estos ni con aquellos estoy de acuerdo en todos los puntos, ni tampoco en desacuerdo. Me parece que todos tienen parte de verdad y parte de error y que cada uno ve el error del otro, mas nadie el suyo».⁸

Por ello, Servet repite con san Pablo que los cristianos se salvan por la fe, que cuando creen que Jesús Cristo es Hijo de Dios quedan liberados del pecado de Adán, para lo cual sólo hace falta la fe. Hasta aquí parece estar de acuerdo con Lutero, pero éste se sorprendería ante la identificación servetiana entre ser cristiano, estar salvado y ser santo, identificación que también está en los textos de san Pablo, pero que a Lutero, con su concepción medieval y pesimista del hombre, no le gustaba reconocer. Para Servet, sin embargo, es claro que el reino de Cristo, instaurado en sombra en el acto de la creación, comienza su recorrido histórico a escala humana en el momento de la resurrección de Cristo. Servet mismo se siente, como cristiano verdadero frente a los que simplemente llevan ese nombre, ya renovado y habitando ese reino. La resurrección marcó una nueva época histórica y cósmica, las promesas se han cumplido, ya no es necesaria la espera ni el cumpli-

⁶ *Ibidem*, A2v.

⁷ *Ibidem*, B6r.

⁸ *Ibidem*, F7v.

miento de preceptos, sean viejos o nuevos, ni la jerarquía dentro de la Iglesia verdadera puesto que todos los cristianos son sacerdotes.

Atrás quedan los judíos y el Antiguo Testamento. Para Servet la contraposición entre la Ley y el Evangelio es manifiesta. Todo intento de limar las diferencias contribuye a devaluar la importancia histórico-ontológica de la resurrección y a difuminar la separación entre el judío y el cristiano. «Se equivocan, pues, no poco quienes confunden los Testamentos haciendo ese tipo de comparaciones, y debilitan la gracia del advenimiento de Cristo al hacer a los judíos iguales a nosotros»,⁹ escribe. Él, por el contrario, considera que: (i) los judíos quedaban justificados por sus obras mientras que los cristianos se hacen justos por la gracia y por la fe; (ii) aquellos eran carnales, estos espirituales; (iii) había muerte y pecado en la Ley, mientras que en el Evangelio hay misericordia y reino de los cielos; (iv) en la Ley se adoraba a Dios en sombra, en el Evangelio se le adora en verdad en Cristo; (v) los judíos seguían subyugados al pecado, al tormento y a la condenación eterna; los cristianos no, ellos tienen la conciencia tranquila y gozan ya de la felicidad. A pesar de lo cual, una de las lecturas presentes en la bibliografía secundaria en torno a Servet insiste en considerarlo criptojudío. Como se ve, nada más lejos de la realidad.

Esta contraposición aclara la importancia relativa de las obras y la fe para la salvación. Los católicos insistían en la importancia de las obras, basándose en que en el Antiguo Testamento los judíos debían realizar numerosas acciones para quedar justificados, y los protestantes defendían la importancia de la fe, basándose en que el Nuevo Testamento, por contraposición al Antiguo, anuncia la justificación por la sola fe. Para Servet ambos se equivocaban. Es cierto que la Ley prescribe normas y ceremonias y que el judío que las cumplía quedaba justificado, pero la Ley fue derogada por Cristo. Los creyentes ya no están sujetos a los preceptos antiguos. Al cristiano sólo lo salva la fe en que Jesús Cristo es Hijo de Dios, no sus obras. Yerran por tanto los católicos cuando afirman que *ahora* las obras y los preceptos son imprescindibles para la salvación. A Servet le parece que los católicos se asustan ante el hecho de que Cristo haya sido tan liberal y haya otorgado tanto –la salvación– por tan poco –la fe–, por lo que señala seguramente el carácter tan superficial que daban a la fe; por eso los católicos podían obligar, y esperar, conversiones masivas, entendiendo la fe como simples palabras de asentimiento pronunciadas en público, cuando la fe, tal como la entiende Servet, cambia a la persona completa desde el interior. Así que cuando estos establecen reglas monásticas, decretos papales y votos obligatorios como necesarios para la salvación, devalúan, a juicio de Servet, la salvación que trajo Cristo, restauran la servidumbre y la culpa judaicas, y sustituyen leyes divinas por leyes humanas.

⁹ *Ibidem*, E2v.

Pero de ahí no se sigue, argumenta Servet contra los luteranos, que las obras sean inútiles para la salvación. Por eso san Pablo recuerda la importancia de las buenas obras. Además, el cristiano no es sólo hombre interior sino también hombre exterior, es decir, un ser social. De modo que, como miembro de un grupo social, el cristiano ha de actuar y debe seguir un principio moral básico, «ley de la naturaleza» lo llama Servet, que no es otro que el conocido «no hacer a otro lo que no quieres para ti». El hombre renovado no puede excusarse en su renovación para dejar de «hacer lo que, según la conciencia y en opinión común a todos, es bueno».¹⁰

Como cierre a su sistema teológico, Servet dedica el último capítulo de su opúsculo a hablar «Sobre la caridad». Si la fe justifica, libera del pecado original e introduce al cristiano en el reino de Dios, la caridad hace que tal transformación interior se derrame hacia el exterior en forma de buenas obras, de paciencia y como amor a todo y a todos. Las obras de caridad –oraciones, pobreza, limosnas, ayunos– *sirven*, y sirven porque tendrán como recompensa *aumentar* la gloria que tendrá el creyente tras la resurrección de la carne. No está en cuestión, por tanto, la salvación, puesto que ésta no depende de las obras, sino de la fe, pero sí que, de algún modo, la salvación es distinta; «de otro modo», escribe Servet, «en vano viviríamos en el mundo»,¹¹ o «Dios sería un juez injusto, castigando por las obras malas y no premiando por las buenas».¹² La fórmula preferida por Servet es que la fe es puerta y la caridad perfección, es decir, que la fe es primera temporalmente y la caridad es primera ontológicamente.

* * *

Hasta aquí la presentación del sistema teológico completo del joven Servet. Es posible que si se mide su ortodoxia con la medida de la ortodoxia actual se pueda considerar hereje, pero creo que el enfoque ha de ser otro, la cuestión es si Servet acierta o no a restituir el cristianismo original. Para ser leído hoy con provecho, los teólogos habrían de adoptar con él la metodología que algunos de ellos aplican desde hace años al estudio de los textos bíblicos mismos: buscar rigor filológico, estudiar gratuitamente las fuentes frescas de los orígenes y denunciar las posibles violencias a la fe provocadas precisamente por el miedo a la herejía. Cabe preguntar si, una vez pasados el peligro y la tensión con que se vivían las cuestiones teológicas en el siglo XVI y la preocupación por la ortodoxia propia del siglo XIX y del siglo XX hasta

¹⁰ *Ibidem*, E8v.

¹¹ *Ibidem*, F3v.

¹² *Ibidem*, F3v.

el Concilio Vaticano II, se puede leer ahora con calma a este «cualquiera» que se atrevió, confiado en sus solas fuerzas, a desentrañar las Sagradas Escrituras. Sería de gran ayuda para ello abordar una tarea de cierta envergadura: hacer una edición digna bilingüe de la *Christianismi restitutio* (1553) servetiana que incluya una transcripción minuciosa y exacta del texto original latino –la edición ahora disponible incluye el facsímil con las abreviaturas originales, lo que dificulta su lectura– y una nueva traducción que, con criterios historicistas, mejore la muy meritoria traducción de Luis Betés, revisada por Ángel Alcalá, publicada en 1980 por la Fundación Universitaria Española, y reeditada dentro de la edición de *Miguel Servet. Obras Completas*, vol. V 1/2. (Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006).

A modo de conclusión, me gustaría comparar a Servet con George Santayana (1863-1952), mostrando así que el panorama filosófico español va más allá de la gran escolástica, la insuperable mística, el esforzado Ortega y las eficientes delegaciones filosóficas inauguradas en la Transición. Ambos pensadores se podrían situar como extremos de un amplio arco: Santayana, el pensador español educado en Estados Unidos, representaría la completa y desasida *descreencia* dado que para él la religión, la ciencia y la filosofía tienen valor meramente simbólico; Miguel Servet, también español y formado en Francia, sería, por el contrario, un bello ejemplo de la *creencia* también completa, sin fisuras, pero también sin compromisos, donde nada es metafórico. Allí donde Santayana interpreta todo como algo simbólico, Servet vive el mensaje de Jesús Cristo en carne propia, fundiendo verdad y realidad. De ahí la radicalidad de sus planteamientos, cuyo valor, por ello, es perenne.

Bibliografía adicional

- BERMUDO DEL PINO, Rafael, *Un Dios presente en la naturaleza. Estudio sobre teología y filosofía en la obra de Miguel Servet*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2011.
- GILLY, Carlos, «Erasmus, la reforma radical y los heterodoxos españoles», en Tomás MARTÍNEZ ROMERO (ed.), *Les lletres hispàniques als segles XVI, XVII i XVIII*, Castellón de la Plana, Universitat Jaume I, 2005, pp. 225-220.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, Imprenta de F. Maroto e hijos, 1880-1882, lib. IV, cap. 6.
- MORENO MORENO, Daniel, *Miguel Servet teólogo iluminado. ¿Ortodoxia o herejía?*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2011.
- SERVET, Miguel, *Sobre los errores acerca de la Trinidad y Diálogos sobre la Trinidad*, en *Obras Completas, Vol. II-1. Primeros escritos teológicos*, ed. de Ángel Alcalá, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, pp. 115-482.